

PARTE PRIMERA

LA EXCAVACIÓN

I.1. INTRODUCCIÓN

En la mañana de un día de primavera del año 2002 nos dirigíamos a la localidad de Villatobas desde Santa Cruz de la Zarza, por la pista asfaltada que hace las veces de carretera. Era uno de los muchos viajes que hacíamos en aquellos días previos al inicio de las excavaciones y de los Cursos de la Escuela de Arqueología de Plaza de Moros, que iba ya por su cuarta edición.

Nuestros ojos, acostumbrados a distinguir en el suelo vestigios arqueológicos después de más de una década de realizar prospecciones por los campos de Toledo, se fijaron en los grandes surcos que el arranque de una viña había dejado abiertos en el terreno. Sabíamos que por allí se extendía un yacimiento arqueológico porque en 1994 lo descubrimos al realizar una prospección que abarcó toda la Mesa de Ocaña. Aparece con el apelativo de *Villatobas* en la tesis doctoral



FIGURA I.1. *Aspecto de una de las tumbas tras limpiar la superficie del terreno.*

de uno de nosotros, leída en la UCM en 1997, ya que se encuentra apenas a 1 km del casco urbano de esa localidad. Con la misma denominación de *Villatobas*, se incluye en el libro que recoge corregidos los trabajos de aquella tesis y la prospección de campo, publicado en el año 2000 en la serie internacional de los BAR Urbina, 2000).

El yacimiento de *Villatobas* se encuadra dentro de la categoría que denominamos «en llano», por contraste con los recintos amurallados, hallados en la prospección de la Mesa de Ocaña. De estos yacimientos en llano se descubrieron más de una veintena y se caracterizan porque no presentan una orografía que sirva para determinar sus contornos, al contrario, los restos cerámicos se encontraban esparcidos por los campos de cultivo, en superficies muy extensas que a menudo superan las 20 o 30 ha. Muchos de ellos presentan además la existencia de restos cerámicos romanos, aunque en casi todos los casos estos últimos se hallan siempre desplazados con relación a los restos de la Edad del Hierro. Algo similar sospechamos que ocurre en muchos de los yacimientos contemporáneos de la comarca, y se pudo constatar en el yacimiento de Las Esperillas, que se encuentra apenas a una docena de km de Cerro Colorado, en el cual se realizaron a finales de 1980 unas catas en el asentamiento romano, aunque los resultados nunca fueron estudiados ni publicados (García Carrillo y Encinas, 1987, 1988, 1989, 1990a y 1990b).

Había que parar el coche e inspeccionar por encima la tierra removida, porque desde la carretera daba la impresión de que quedaban a la luz manchas grisáceas de cenizas. Apenas un vistazo bastó para convencernos de que efectivamente, se descubrían por doquier manchas grisáceas de cenizas mezcladas con restos de huesos calcinados junto a restos de cerámicas, algunos con rotura reciente; todo lo cual indicaba que los restos debían pertenecer a una necrópolis de incineración.

A pesar de que la Carta Arqueológica de Villatobas no estaba aún elaborada en 2002, había sido notificada la existencia del yacimiento a la Consejería de Cultura en 1994, lo cual no evitó la destrucción parcial de la necrópolis ya que, ni entonces ni ahora, este tipo de prácticas agrícolas suelen conllevar en esta Comunidad Autónoma la presencia de un arqueólogo.

La mecanización del campo español en las últimas décadas ha introducido unos factores de riesgo para los yacimientos arqueológicos antes insospechados. La moderna maquinaria agrícola es capaz de trabajar prácticamente en cualquier lugar del campo, conseguir profundidades de laboreo mucho mayores que antes y actuar sobre casi cualquier tipo de material. Asistimos hoy a la plantación de olivos con excavadora, al arranque de vides con arados de 1 m de profundidad y a su plantación de nuevo con excavadora. La apertura de zanjas para canalizar instalaciones de regadío



FIGURA I.2. Efectos de los arados sobre la T12.



es práctica común, como lo es el desmonte de terrenos para facilitar la entrada a parcelas de la nueva maquinaria, o para mejorar la calidad del terreno quitando la capa superficial cuando es menos productiva.

El riesgo que entrañan todas estas prácticas agrícolas para la arqueología se mereció ya una mención en la crónica del XXVI Congreso Nacional de Arqueología celebrado en Zaragoza en abril de 2001, sin embargo, se avanza lentamente en el establecimiento de las oportunas medidas correctoras para paliar los riesgos que las citadas prácticas agrícolas suponen para los restos arqueológicos, y la presente publicación de la actuación llevada a cabo en Cerro Colorado, es buena prueba de ello. A pesar de que este yacimiento era conocido desde años atrás, al no estar contemplada la necesidad de un control arqueológico de la obra de arranque de viñedo, solo la casualidad hizo que pudiésemos ver las características manchas de cenizas con trozos rotos de vasijas y huesos quemados, y evitar el total arrasamiento de la necrópolis. Desgraciadamente el arado ya había destruido un alto porcentaje de los enterramientos de la misma.

Adolecemos del desarrollo de una legislación específica para proteger el Patrimonio Arqueológico, ya que la que se aplica se deriva del Convenio de Malta de 1992 que se desarrolla desde Medioambiente y no desde Cultura o Patrimonio, dándose casos tan paradójicos como el hecho de que si, por ejemplo, en un municipio sin Carta Arqueológica la plantación de un nuevo viñedo lleva aparejada la instalación de regadío por goteo, se ha de instruir un expediente medioambiental que contempla el impacto al Patrimonio, pero si es de secano no es necesario y por tanto no se realizará control arqueológico alguno.

La elaboración de los inventarios de yacimientos arqueológicos contenidos en las Cartas Arqueológicas, era el paso previo para el establecimiento de una política mínimamente eficaz de cara a la salvaguarda del Patrimonio, pero en 2012 todavía no se concluido en todos los municipios de Castilla-La Mancha, y allí donde se han realizado son escasamente fiables, como cada día las obras civiles realizadas en la región lo demuestran, descubriendo yacimientos donde no los había en Carta Arqueológica, o negando su existencia donde se inventariaron. Y ello es así porque la dotación económica para la realización de estos inventarios es muy escasa, no se exige una metodología desarrollada de prospección, no hay otros criterios que los económicos (a la baja) para la contratación de los equipos que rara vez tienen especialistas de distintas épocas históricas, y un largo y penoso etc.

Finalmente, la legislación autonómica no recoge la figura de las Cartas Arqueológicas, de modo que la inclusión de estas en los POM de

los municipios no es obligatoria, llegando a darse extremos absurdos como el hecho de que un yacimiento de sobra conocido y declarado BIC en el propio municipio de Villatobas: Plaza de Moros, no haya sido incorporado en los Planes de Ordenación Municipal como lugar protegido.

Así las cosas, lo ocurrido en la necrópolis de Cerro Colorado no puede considerarse como un caso aislado, y aunque es cierto que algo está cambiando, la velocidad de los riesgos de destrucción es mucho mayor, y sirva como ejemplo que en la primavera de 2009 se comenzaron a arrancar miles de ha de viñedo en Castilla La-Mancha fruto de los planes de reestructuración del sector. Dichos arranques de vides no han contado con control arqueológico alguno. Desconocemos cuántas ha de viñedo se han arrancado en yacimientos inventariados, y cuántas lo han hecho en otros aún sin inventariar, ya que desde la Dirección General correspondiente ni siquiera se dignaron responder a los escritos de los colectivos de arqueólogos, alertando de los riesgos.

## I.2. PAISAJE

La necrópolis de Cerro Colorado debe su nombre a un cerrete, o más propiamente a un reborde de páramo que se levanta al este de la tierra en donde se hallaron las tumbas, y en cuyas laderas afloran las arcillas rojas. Esta parcela se localiza en la margen izquierda del arroyo del valle. En los mapas de 1970, este arroyo se prolonga con un cauce intermitente hasta el límite administrativo del término de Villatobas con Santa Cruz de la Zarza, 3,5 km al noreste del Cerro Colorado. El arroyo presenta un cauce continuo desde el mismo casco urbano de Villatobas: 1 km al suroeste de la necrópolis, aunque en la Antigüedad no nos cabe duda de que el cauce continuo se mantenía al menos desde el mismo punto de la necrópolis, si no algún kilómetro aguas arriba, como la propia existencia del poblado y la necrópolis de la Edad del Hierro ponen de manifiesto.

La necrópolis aprovecha una pequeña elevación en donde afloran las rocas de areniscas sobre la vaguada del arroyo, que se halla en este punto a 60 m de las tumbas. Debió de ser originalmente mucho más pronunciada que en la actualidad, reducida a un simple lindazo que incluso ha desaparecido al arrancar la viña y unir las parcelas donde se hallaron las tumbas y la contigua al arroyo. Se trata de un lindazo entre la falda del cerro y el cauce del arroyo, unos 5 m elevado sobre la vaguada de este último, y 18 m por debajo de la costra de caliches que constituye la plataforma del páramo que hace las veces de cima del llamado Cerro Colorado.

En esta parte de la Mesa de Ocaña, la superficie del páramo aparece ligeramente ondulada aunque conservando sus características litológicas que hacen aflorar las *lastras* o *lanchas* (cantos de caliza que los arados han ido desprendiendo durante milenios de la costra de caliches), con la que finaliza la serie geológica del páramo. Sobre ella se ha desarrollado una ligera capa de arcillas grises, en su mayoría reductos del humus que debió existir cuando estas llanuras estaban pobladas de encinas. El pequeño cauce del Arroyo del Valle ha dejado en ambas márgenes unas pequeñas cuestas o laderas, en algunas de las cuales afloran arcillas rojizas de gran impacto visual, que la toponimia se ha encargado de recoger con el nombre de «colorado», con el que se conoce al pequeño cerro de la margen izquierda del arroyo. Bajo las arcillas rojas aparecen las arenas, de las que afloran algunas piedras areniscas en lo alto de los lindazos, descarnadas y arrancadas en parte por efecto de los arados. La mezcla de arcillas rojas y arenas da como resultado unas tierras de color marrón claro que en la actualidad se hallan sembradas de cereales con algún viñedo.

El topónimo de El Juncal que aparece en los mapas unos 100 m aguas abajo de Cerro

Colorado, alude a la vegetación que se daba junto al cauce de las aguas del arroyo y que los más viejos del lugar todavía recuerdan, antes de que la canalización artificial para abastecer de agua a Villatobas (realizada a mediados del siglo XIX y cuyas arquetas aún son visibles apenas a 50 m de la necrópolis), y la instalación de regadíos en varias de las tierras colindantes décadas más tarde, desecaran el cauce hasta la situación actual en la que ni siquiera en los años más húmedos se ve correr el agua antes de llegar al casco urbano. Hemos de imaginar, por tanto, un paisaje encharcado en algunas decenas de metros a ambos lados del cauce actual, cubierto de juncos y carrizos, tal vez rosales silvestres, escaramujos, zarzas y espino agarrados a los salientes de arenisca en las lomas que se asoman a la vaguada de este fondo palustre. Como en tantos otros lugares, a este arroyo que surte de aguas a Villatobas se le denomina sencillamente el Arroyo del Valle, y como tal aparece en los mapas.

El poblado se levantaba a ambos lados del arroyo, a juzgar por los abundantes restos de cerámica que se descubren en las tierras de labor. Probablemente contiguo a la necrópolis hacia el norte, aprovechando la apertura de la vaguada que propicia el cauce del arroyo que se ensancha



FIGURA I.3. La necrópolis de Cerro Colorado en el centro de la Península.



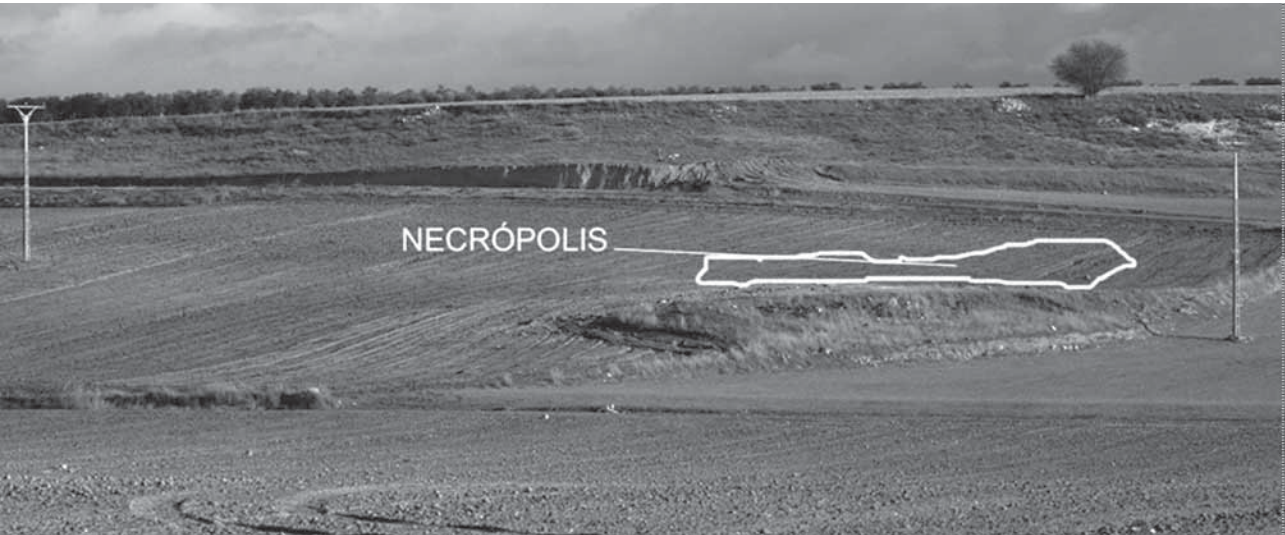


FIGURA I.4. Vistas del paisaje que rodea la necrópolis. 1 desde el Noroeste.

en este punto formando una Y griega en torno a la cual se esparcen los restos cerámicos por una superficie de más de 20 ha. Aguas abajo, casi sin solución de continuidad, se descubren restos romanos a ambos lados del arroyo, aunque con mayor profusión en la vertiente derecha opuesta a la necrópolis. Estos restos llegan prácticamente hasta las nuevas edificaciones de Villatobas, y es probable que bajo las casas del pueblo en esta parte Oriental del mismo, existan restos musulmanes. En cualquier caso las construcciones más antiguas de Villatobas, aquellas de los siglos XIII y XIV se disponen en torno a su iglesia, junto

al cauce del arroyo a menos de 500 m aguas debajo de los últimos restos romanos, y apenas a 1.300 m de la necrópolis de la Edad del Hierro.

Junto a la necrópolis de Cerro Colorado pasa hoy una carretera local que aprovecha el camino medieval de Villatobas a Santa Cruz de la Zarza. Antes, a este altura se dividía otro camino ya prácticamente perdido, el cual solo aparece en el mapa de 1883, llamado de Las Cabañas, con dirección también hacia Santa Cruz de la Zarza.

En la comarca, la vecina necrópolis de Las Esperillas, en Santa Cruz de la Zarza, situada

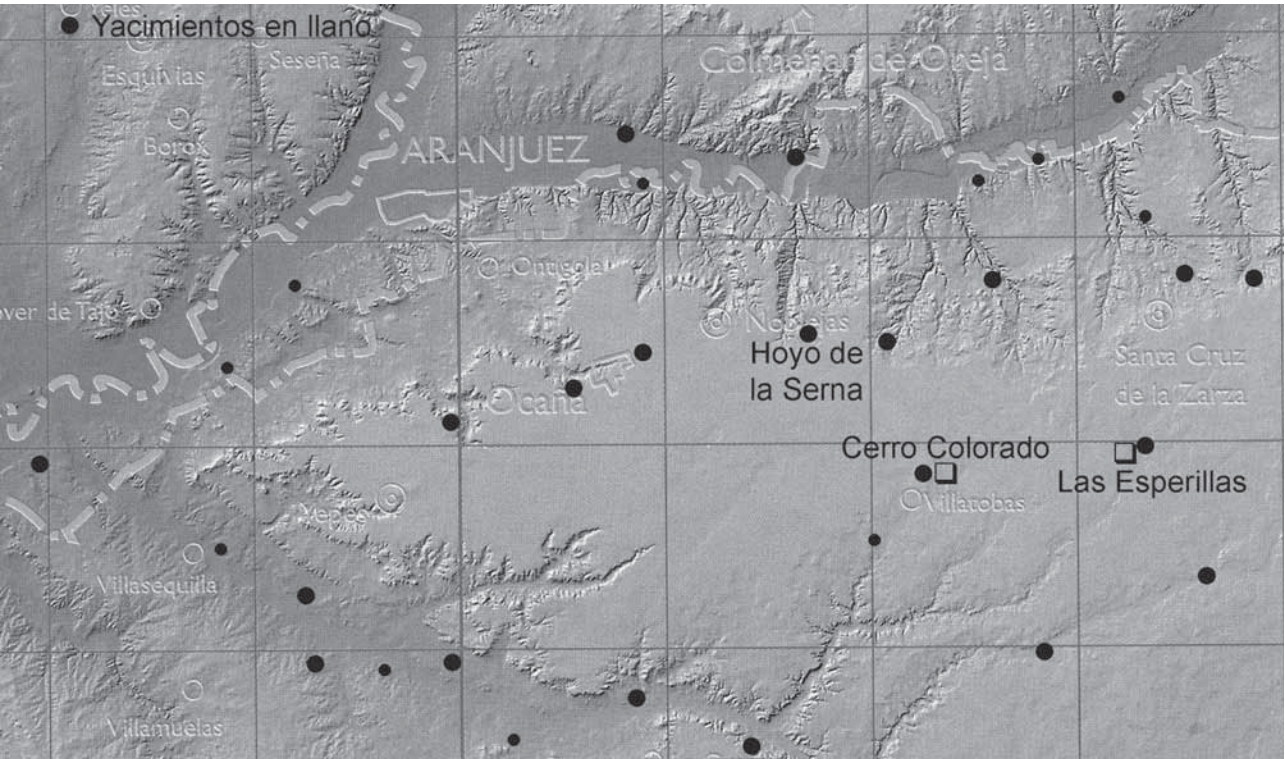


FIGURA I.5. Cerro Colorado y las necrópolis conocidas más cercanas en la Mesa de Ocaña, entre los yacimientos «en llano».

10 km al este de Cerro Colorado, se dispone igualmente sobre un cerrete de areniscas (García Carrillo y Encinas, 1987, 1988 y 1990a), junto a una vaguada que debió estar cubierta también por vegetación palustre, levantándose al otro lado de la misma el poblado. La necrópolis recientemente descubierta en Hoyo de la Serna, en Villarrubia de Santiago, se sitúa a 9,8 km al noroeste, y se dispone sobre una pequeña cuesta, al igual que Esperillas y Cerro Colorado, al suroeste del poblado.

### I.3. DESARROLLO DE LA EXCAVACIÓN

Los primeros exámenes demostraron que el panorama era mucho peor de lo esperado, ya que a poco que se fijara la vista se podían descubrir por doquier manchas grises de ceniza, y en ellas fragmentos de huesos con la característica coloración blanca de los restos cremados. En las manchas aparecían también fragmentos de cerámica con huesos adheridos, incluso se podían ver algunos restos de fibulas.

Sobreponiéndonos a esta situación, comenzamos por prospectar la dispersión de manchas, y acotamos una superficie que partía de la linde oeste de la parcela y tenía forma trapezoidal, con lados de 16, 24, 34,5 y 12 m, que definen un área de unos 850 m<sup>2</sup>. Dentro de esta zona, la propiedad estuvo de acuerdo en retirar las cepas arrancadas a mano y dejarla sin cultivar si fuera necesario.

Había que contar con el peligro real que suponía la presencia de excavadores furtivos (uno de los cuales es bien conocido en la localidad), capaces de saquear en una noche la necrópolis entera, una vez que la noticia de las excavaciones se diera a conocer, algo difícil de evitar situada como estaba apenas a 1 km de la localidad. De modo que los trabajos se realizaron con la premura y la intranquilidad que caracterizaban las actuaciones arqueológicas de otras épocas que creíamos olvidadas, y que justifica planamente el apelativo de *salvamento* que hemos dado a esta intervención.

Se comenzó por retirar del terreno aquellos restos que eran más visibles en superficie, por lo que la numeración de los enterramientos no sigue ningún orden espacial determinado, sino la secuencia de excavación que puede parecer errática pero que responde a este deseo de ocultar a la vista cuanto antes los restos más llamativos.

El miedo al saqueo del lugar nos indujo a tomar la precaución de ir tapando las partes excavadas de modo que estas no fueran evidentes desde la carretera, para lo cual se procedía a excavar tramos de 10 m de largo en el sentido del arado, y a taparlos con la tierra procedente de



FIGURA I.6. Cerro Colorado en plano a escala 1: 25.000.

los próximos 10 m a continuación. Aunque de este modo se perdió la posibilidad de contemplar toda el área excavada en su conjunto, las alteraciones producidas por las labores agrícolas en general, restaban interés a este hecho, y además conseguimos que la actuación pasara más o menos desapercibida para posibles saqueadores. También se avisó a la Guardia Civil de la localidad, que se ocupó de la vigilancia especialmente en las horas nocturnas y los fines de semana.

Los trabajos hubieron de adaptarse a las zanjas que los arados habían dejado en el suelo. Las máquinas que arrancan las vides dejan un surco en el terreno en forma de artesa, de aproximadamente 1,2 m de ancho en superficie y unos 40 cm en la base con una profundidad que oscila entre 60 cm y 1 m, según la dureza del suelo. Habida cuenta de la distancia a la que suelen plantarse las vides de secano en la zona, esto significa que queda una franja sin alterar de unos 60-80 cm de ancho en superficie y 1-1,2 m en la base del terreno. Pero la profundidad media del suelo en Cerro Colorado es de unos 55 cm, por lo que el ancho de la base sin alterar estaba constituido por una franja de unos 80 cm. Este suelo está formado por arcillas rojas sobre el nivel de areniscas, de hecho los arados llevaron a las superficie fragmentos de estas areniscas, lo cual nos impidió comprobar en muchos casos la existencia de posibles oquedades en la roca aprovechadas a modo de hoyos para los enterramientos, como sucede en Las Esperillas (García Carrillo y Encinas, 1987).